



# LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias 60.—Ap. 547—Teléfono 1843.

## SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

JACINTO CARMIN

Destreza femenina.

FÉLIX RECIO

Ellas, peores.

FERNANDO AMADO

La picardía de Joaquín.

LUIS ARAQUISTAIN

La musa.

TOVAR, CYRANO

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de

EMMA DE AMÉRICA



EMMA DE AMÉRICA

Cupletista gentil rubia y bonita.

**5** cénts.





**B**UENA, pero buena, venía noches atrás *La Corres!* No era su indisposición contra Romanones, ni contra Maura, ni siquiera contra el *trust*, porque no sé si ya se habrán ustedes enterado de que «este diario no pertenece al *trust*»; su enojo era contra esa turba de *magreadores* que se pasan el día con la lengua fuera trotando por esas calles en busca de señoras solas ó débilmente acompañadas, para dedicarse al masaje, groseramente amparados en la impunidad que les da su incalificable osadía.

El colega, se exalta y con razón, recordando que días atrás publicaba una queja de un suscriptor suyo que aconsejaba á las damas llevarsen un alfiler, cuanto más largo mejor, para clavárselo á los degenerados que atentasen cobardemente contra su pudor, dice que eso le parece poco y propone el uso del revólver, como medio más

eficáz para acabar—dice—con esa vergüenza que ya sólo se tolera en este país y que revela una afeminación repugnante.

La proposición es de lo más expeditiva que se puede imaginar, y no quiere esto decir que sea yo de los que aplauden, todo lo contrario, á los frescos que apelan á tales procedimientos para conquistar mujeres, porque si bien puede que haya algunas que no sólo no protesten, sino que lo agradezcan en su fuero interno, la inmensa mayoría, formarán triste concepto de la hidalguía del que tales licencias se permite.

Y cuentan que el número de ellos se ha ido extendiendo en proporciones tan alarmantes, que ya hay «escuela de parcheo» como podía haber escuela de aviación ó escuela de Artes y Oficios. Los hay que son dactilólogos á la alta escuela.

Yo conozco uno incapaz de decirle á una señora: «Que hermoso pelo tienes, carabí», y en cambio, á la chita callando, bucea más que un submarino, y tiene tal ojo clínico que por el tacto conoce hasta la provincia en que ha nacido la interesada, y si es aun aficionada á la fruta fresca ó en almíbar.

Los más insoportables son los de la clase de hipócritas. El noventa por ciento van á los sermones que tienen mayor concurrencia y se quedan en la parte obscura para el *aprovechen* á mansalva.

¿Y los que le paran á usted en la calle para decirle muy gravemente y con voz campanuda: «Pues sí, señor; Maura es el único hombre que á mí me conmueve; yo soy del partido de los decentes», y mien-



*La camarera:* Sí, señor, antes había camareros y no entraba nadie, pero desde que estamos nosotras, hay mucho movimiento.



## EN LA CASTELLANA



—¿Qué coche tendrá la capota más resistente para que me pueda llevar toda la tarde?

Tras tanto le están tirando pellizcos á la primera jamona que pasa al alcance de sus dedos?

Lo terrible es que como buscan momentos y lugares á propósito para sus exploraciones, dan lugar á que las perjudicadas sufran lamentables errores. A lo mejor va usted en la plataforma de un tranvía, con el pensamiento y las manos libres de toda concupiscencia, y se encuentra con que la viajera que va al lado le dice por lo bajo: «Caballero, no apriete usted tanto, que va aquí mi marido.» Claro es, uno se queda aterrado. Y luego resulta que la mano causante pertenece á un senador vitalicio que hace como que se va empapando en la lectura de *El Universo*.

Y es lo que uno dice para sus adentros:

—Por mí que se empape todo lo que quiera y pueda, pero, ¡caramba!, que tenga el valor de sus actos y no exponga al

inocente prójimo á los rigores de un estacazo sin comerlo ni beberlo.

También suelen darse casos de coincidencia. Dos manos de distintos exploradores que se encuentran perdidas en un mismo campo de operaciones, y se estrechan efusivamente como compañerismo.

Contra todo esto hay que ir resueltamente. Está en lo cierto el irritado articulista: «Armémonos de buenas garrotas á ver si limpiamos Madrid de tan inmundada plaga de cretinos, afrenta del sexo fuerte.»

Pero de paso ¡influyamos para que las modas de la indumentaria femenina se modifiquen algún tanto. Gran parte de ese cretinismo tiene su origen en la falta de *cretona*. Es cuestión de tela.

Y las hay que las llevan más tenue y más escasa que una *tela-araña*. Y, naturalmente, el otro sexo está que araña.

## Un pequeño reporter.



—¡Ay hijo no, que hoy comulgo!



# DESTREZA FEMENINA

**E**l veterano comandante don Gumersindo N., vive, desde hace dos años, con un *lio*; lo que nada tiene de particular; y *ella*, Luisita, por no ser menos que el comandante, tiene otro capricho... Lo cual, ¡qué diablos!, tampoco es censurable, dado el sesgo tolerante que van tomando las costumbres.

Pero es el caso que, á Felicianito, el adorado de Luisa, le aburría el tener que



--No apriete usted ahí que es una Ball'ena.

--Eso iba notando, que *va llena* ¡pero que muy llena!

resignarse siempre á ver á la joven á salto de mata, con inquietudes y con prisas, y sólo cuando las ocupaciones de don Gumersindo, que es celoso y reservón y anda enamorado de su coima hasta los tuétanos, se lo permitían.

--¿Y yo, qué voy á hacerle, *Charrito*—exclamaba ella—; yo te adoro... no sé vivir sin ti... pero Gumersindo es mi amo, él me mantiene, por él mi madre no pide limosna y el verano pasado pudo ir á los baños de Montemayor. Ya comprenderás que no debo dejarle...

Sin venirse á razones, Felicianito, ni más ni menos que un chico mal criado, continuó enfurrunchándose: él no se conformaba á aceptar eternamente lo que un rival feo y odioso desaprovechaba; aquella pasión de celadas le aburría, exasperándole con el fuego de un deseo, mal satisfecho siempre.

--Es horrible—decía—eso de no poder abrazarte sin antes poner mi reloj sobre la mesilla de noche.

Y añadió:

--Quiero pasar contigo una semana, ¿oyes?, una semana, con sus noches y sus días completos. ¡Si no me complaces, hemos concluido!

Ella, procuró aplacarle.

--Pero, *Charrito*...

--¡No hay *Charrito* que valgal! Necesito una semana de amor. ¿Estamos? Una semana; ni media hora menos.

Así se despidieron. Luisa regresaba á su casa muy triste, caminando sin levantar los ojos del suelo, pensando:

--¿Cómo me las compondré para conseguir que Gumersindo me deje libre diez ó doce días?...

Por la tarde, según costumbre, don Gumersindo fué á verla. Iba vestido de uniforme.

--Mañana—dijo—me voy de maniobras. ¡Voto al chápиро!... A las cinco de la madrugada he de estar en el campamento. Esta noche salgo en el tren de las diez y cuarto. Volveré aquí pasado mañana.

Luisa propuso á su viejo amigo ir á cenar á la *Viña P.*; él aceptó. La comida fué alegre; la joven habló y rió mucho, y estaba bonita, como la Tentación, con sus grandes ojos azules, sus labios de fresa, sus cabellos castaños adornados por un lacito rojo. Don Gumersindo la miraba embelesado, sintiendo aquella dulce turbación que perdió á Adán. Luisa quiso ir al teatro; el comandante protestó.

--Imposible—dijo—; tengo que marcharme; si vamos al teatro pierdo el tren.

--¿Qué importa?—repuso ella—; te vas después, en el mixto de las doce y veinte.





—Y pensar que esta mujer me ha llevado el chocolate á la cama!

Su deseo prevaleció; fueron á Apolo. Indudablemente ella estaba bonitísima, porque todos los hombres la miraban, halagando la vanidad del comandante; de cuando en cuando, la joven se inclinaba hacia su amigo, rozándole las mejillas con sus cabellos, envolviéndole en el aroma que su cuerpo juvenil exhalaba. A las once salieron del teatro y tomaron un coche; don Gumersindo consultó su reloj: tenía el tiempo indispensable para dejar á Luisa en su casa y volar á la estación.

Ella, seductora, irresistible, se estrechaba contra él, buscándole.

El comandante, asustado, repetía:

—Ten juicio, mujer... vaya... ten juicio; diríase que nos conocimos ayer.

Ella, repuso:

—Es que te quiero; hoy te quiero más que nunca te quise.

—Bien, sí... pero...

—Estoy loca... me tienes loca...

Agregó tras una pausa, entrecortando las palabras, como avergonzada de lo que iba á decir:

—¿Por qué no te quedas esta noche?

Don Gumersindo hizo un gesto enérgico de sorpresa.

—¿Cómo!... ¿Y las maniobras?

—Todo puede conciliarse. Sal en el tren de las tres y cincuenta y cinco... Anda... sé complaciente; te quiero... aun podemos estar juntos más de cuatro horas.

Don Gumersindo cedió. ¿Qué queréis? Hay momentos en que las mujeres son capaces de conmover á las estatuas de mármol. El pobre Don Gumersindo fué cariñoso, excesivamente cariñoso, ¡ay!, para sus años; después se quedó dormido y perdió el tren. Cuando llegó al campamento eran las tres de la tarde!

El coronel, á quien la ausencia del comandante había molestado no poco en la marcha, le recibió furioso.

—¿Cómo no ha formado con el regimiento?

Don Gumersindo balbuceó:

—Mi coronel, una indisposición repentina.

—¿Y ya se encuentra bueno?

—Por fortuna, mi coronel.

—Queda usted arrestado.

A la mañana siguiente, Luisa recibió un telegrama en que el comandante decía:



—Dime, es verdad lo que se dice por ahí.

—¿Y qué se dice?

—Que has engañado á tu marido.

—Al contrario, fué él quien me engaño á mí. Me dijo que se marchaba fuera dos días y se presentó en casa á la media hora.



«Nos hemos lucido; el coronel furioso; diez días de arresto.»

La joven sonrió; sus deseos estaban cumplidos; la felicidad estaba allí. Sin perder un momento, cogió un pliego de papel violeta y, con fina y elegante letra, escribió:

«Tengo ocho días para ti. Ven, *Charrito*.»

**Jacinto Carmin**

## CHISMES Y... CUENTAS

Llámase Lola y es morena, alta, elegante, con fino y airoso talle, y habita en los alrededores de la Puerta del Sol, en una calle que lleva por cierto el nombre de un santo asceta.

Esta dama posee en los alrededores de una provincia de Levante una hermosa quinta debida á la munificencia de uno de los principales fabricantes de Cataluña, en la cual gusta de pasar largas temporadas, confesándose á menudo para hacerse respetar de los ingenios campesinos de aquellos lugares.

Uno de estos últimos días, durante una excursión en automóvil, uno de nuestros amigos se detuvo en el pueblo donde Lola tiene su quinta, y, muy aficionado á las cosas de arte, entró á visitar la iglesia á fin de examinar unos retablos de que le habían hablado con elogio.

La casualidad hizo que en el momento de la visita estuviese Lola confesándose, y al verla arrodillada ante el confesonario, se ocultó detrás de una puerta disponiéndose á escuchar.

Pero ¡ay! que sólo se oía un ligero murmullo: la voz de Lola. La voz que se escapaba de los labios de la penitente era débil como el más tenue de los céfiros.

De pronto mi amigo escuchó otra voz

más fuerte, la del sacerdote sin duda, que preguntaba lleno de estupefacción:

—¿Cuántas veces, hija mía?

Y cuando mi amigo, acercándose al confesonario, oyó la cifra con que Lola respondía, no pudo por menos de admirar al bravo mortal capaz de semejantes proezas.



—Muchacha, ¡mira que te veo las pantorrillas!  
—Y á mí qué llevo medias!



# ELLAS, PEORES

**B**AJO la razón social Dóas, Peruguet y Compañía se fundó en París no ha muchos meses y con el título pomposo *La felicidad del hogar* una Agencia protectora de maridos desgraciados. Los prospectos que los ingeniosos Dóas y Peruguet mandaron repartir profusamente, decían que la citada Agencia se ocupaba

particular. Aquí, como en todas las grandes ciudades cosmopolitas, hay agencias para todo; agencias matrimoniales, de divorcio, de colocación, de expatriación... Lo esencial, para aquel público, es simplificar la vida á fin de poder moverse más desembarazadamente y de prisa. El propósito, por tanto, de Dóas y Peruguet, cumple una necesidad social.

Según mis noticias, *La felicidad del hogar* obtuvo, desde su inauguración, éxito fabuloso; el público comprendió su utilidad; por el despacho de M. Peruguet, director y generalísimo de la casa, empezaron á desfilir militares, empleados, comerciantes. El primer trimestre proporcionó á los señores Dóas, Peruguet y Compañía más de quince mil francos de beneficios.

¡Pobres mujercitas! ¡Yo me imagino cuán atribuladas andarían, yendo á sus citas con el lindo semblante disimulado bajo espeso velo, mirando hacia atrás nerviosa-



—Caballero, haga usted el favor de retirarse que no soy lo que se figura. Si lo fuese con mucho gusto le escucharía á usted.

de fiscalizar la conducta de las mujeres casadas, de suerte que el caballero que sospechase de la fidelidad de su esposa y no pudiera por sus muchas ocupaciones observar sus costumbres minuciosamente y de cerca y seguirla en sus escapatorias, no tenía más que verter en la caja de los señores Dóas, Peruguet y Compañía la cantidad de trescientos francos, en la seguridad de que cuarenta y ocho horas más tarde sería informado de cuanto acerca de su consorte le importase saber.

Esto, que á los españoles nos parece extraordinario, en París no tiene nada de par-

## LAS CALLES DE MADRID



(Mirando á los adoquines).—Estos concejales ¡qué refractarios son á la limpieza!





—Figúrate que le he dado broma á Luis y se ha puesto furioso.

—Pues ¿que le has dicho?

—Nada; que no me conocía y que me convidase á cenar.

—Hija mía, es que esa es una broma muy pesada,

mente, recelando que alguno de los invisibles esbirros de la odiosa Agencia las siguiese.

Esto, indudablemente, era injusto, ellas sufrían mientras sus esposos, más tranquilos que nunca fumaban pipas en su oficina; los malditos Dóas y Peruguet amenazaban desterrar de la novela humana el divino capítulo de las pasiones prohibidas.

¿Cómo remediar este desconcierto? ¿Cómo corregir tal desequilibrio?

A esta pregunta, que todas las dulces boquitás pecadoras se hacían, ha respondido un inglés, Mr. Rogay, fundando en oposición á la empresa *La felicidad del hogar, El defensor de la mujer francesa*, Agencia protectora de las señoras mal casadas. La esposa que quiera saber si su marido tiene devaneos adulterinos, depositará trescientos francos en la caja de

Mr. Rogay, quien se compromete á saber en el término de veinticuatro horas (á los hombres se le caza fácilmente) cuanto diga, ejecute ó escriba el individuo sospechoso.

Los enredos que las secretas maquinaciones de estas dos agencias rivales van á originar, serán incontables. Habrá momentos altamen'te dramáticos.

—¡¡Lo sé todo!!

—¡Y yo!

—¿Con quién paseaba usted, falsa, por la calle de...?

—Y usted, bandido, ¿con quién iba anoche en un vagón del Metropolitano?

En los matrimonios por conveniencia (y en París casi todos lo son), estas discusiones jamás acarrear derramamiento de sangre. ¿A qué provocar, con el divorcio, la separación de fortunas? Generalmente *é* acepta su suerte... y *ella* también.

Cierto periódico, muy ducho en los secreteillos del *demi-monde*, refiere un lance de esta índole.

—No puede usted negar su falta—decía el esposo, mostrando unos papeles—; es-

## ARTISTA SORPRENDIDO



Uno—¡Pero chico! ¿Tú pintor de brocha? ¿No me dijiste que estabas pintando *al fresco*?

El otro—¿Y te parece que aquí hace calor?



## ENTRE COCOTAS



—Sabes que tienes unas piernas preciosas  
—Como que se puede asegurar que es con lo  
que me sostengo.

tas son las cartas que ha escrito usted al jefe de mi negociado.

Pero ella, gracias, ¡gracias á la protección de Mr. Rogay!, pudo confundir el orgullo de su acusador, mostrándole otro paquete de cartas.

—Y aquí usted—repuso—su correspondencia con Mlle. X., de *Moulin-Rouge*.

¿Para qué reñir? El marido, suavizando la voz:

—Bueno—dijo—; por esta vez, perdonémonos. ¿Quiere usted cambiar su paquete por el mío?

—Conformes—repuso—; vengan mis cartas; toma usted las suyas; estamos en paz.

Una observación que brindo á los filósofos madrileños, como el señor Sanz Escartín, uno de los lectores y censores más consecuentes de LA HOJA DE PARRA:

A pesar de la actividad sin ejemplo de

Mr. Rogay y de la pericia indiscutible de sus subordinados, la agencia de *El defensor de la mujer francesa* trabaja mucho menos que la de *La felicidad del hogar*.

¿Y qué quiere decir esto?

Pues dice, señor Sanz Escartín, que *ellas* son peores que nosotros.

Félix Recio

## LA GRAN TURCA

Los jóvenes turcos, menos parlanchines, pero más ejecutivos que los jóvenes mauristas, se levantaron el otro día de mal talante, y en vez de irse á tomar café al *Lyon D'Or* de Constantinopla se fueron á derribar al Gobierno, y de paso se cargaron á Nazím Pachá, ó sea al Luque de aquellas tierras.

—Las cosas hacerlas bien ó no se hacen—debieron de decirse. Si el país se Andrinópolis con delicadezas y diplomacias, Pachá, y *pa acá*, nos van á dejar como á los españoles cuando el Tratado de París,



—¿Tiene usted un modo de mirar las cosas!

—¿Y usted, un modo de presentarlas!





—Mira mamá, yo no me resigno á casarme con Luis; es tonto y estoy segura que no seré feliz.

—¡Te equivocaste! ¡Cuántas han hecho su felicidad con un tonto!

en calzoncillos; y un otomano en paños menores no es precisamente una otomana en los propios paños. Hay que armarse.

Y dicho y hecho. Cada uno agarró su correspondiente turca, y á la media hora todos estaban armados y dispuestos á tenerse las tías delante de la Sublima Puerta. Las jóvenes musulmanas se asomaban discretamente á las ventanas, y al verlos pasar ¡abrían cada ojo las pobrecitas!

Al frente de los sediciosos se puso Enver bey, que es una especie de Rodrigo Soriano con fez, y, en *efez-to*, tan pronto se echaron á la cara á Nazim, le dijeron: «¡Aquí *nazim* falta traidores!», y le metieron dos balas dentro del pimiento colorado que llevaba puesto en la cabeza, que no debía de ser del casco duro, porque los proyectiles pasaron al interior con una facilidad extraordinaria.

Y el caudillo Enver, *en ver* de aconsejar calma gritó como gritan todas las noches

en el Madrileño: «¡Duro con el molinillo!»

Porque es lo que se dirá el amigo: «Si no dejas hacer á las turbas, y te *turbas*, te abollan el *turbante*.

Total, que se hicieron los amos del cotarro; no quisieron Skutari las razones que el Gobierno les daba y le echaron con cajas destempladas. Los fracasados ministros, á pesar de que algunos de ellos tenían una Galipoli muy respetable, tuvieron que salir por pies á consolarse en casa con su Tchaltaldja correspondiente.

«A bey muerto, bey puesto», y el pueblo turco, que no *bey* más allá de sus narices, se encontró como por encanto con un nuevo Gran Visir. Un *visir* para tapar toda la Sublime Puerta; figúrense ustedes si será grande.

El nuevo Romanones proclamado por los revolucionarios es nada menos que Mahmud-Chefket.

De suerte que no les *Chefket* á ustedes nada de lo ocurrido.

Le estamos viendo, sin embargo, tomar sus medidas para que no le pase lo que al infortunado Nazim, y á estas horas le habrá dicho á Enver:

—*En ver* que te vuelves á agitar, te mando rebanar el cogote; porque yo, aunque *Nazim* antes que tú, no me *Mahmud* el dedo.

## LAS MÁSCARAS DE MAÑANA

**M**AÑANA, si el tiempo no lo impide, comenzará el Carnaval. Las cosas no están para máscaras, pero á pesar de eso ya verán ustedes como nos divertimos una atrocidad, unos tirándonos flores, otros tirándonos *confetti* y otros tirándonos lo que buenamente se pueda, porque la cuestión es pasar el rato y no pagar el impuesto de inquinato.

No faltarán las consabidas carrozas de siemprevivas, amapolas, margaritas y demás cursilerías, para gastar poco, inventadas en las tertulias de Cachupín, cabe el brasero, y mientras se pierden las manos por debajo de las faldas, de las faldas de las camillas.



Tampoco faltarán los ingeniosos que lanzan proyectiles duros para ver si le dejan tuerto al prójimo, ni los que colocan jerigonzos de líquidos mal olientes, ni los que hacen el burro formando cuerdas de salvajes sin disfrazar, ni los que se pasan

mante disfrazados para que les conozca todo el mundo.

He aquí algunos de los que nos han asegurado que no faltarán mañana en Recoletos:

*Romanones:* Que irá disfrazado de Briand.

*La chana:* De paloma mensajera.

*Weyler:* De "destrozona.

*Maura:* De solitario.

*Azcárate:* De tío del higuí.

*Don Melquiades:* De chico del tío del higuí.

*La Cierva:* De sí mismo.

*Azcárraga:* De capitán general.

*Tórtola Valencia:* De botella de agua de Loeches.

*La Chelito:* De "bebé.

*Joaquín Dicenta:* (Ya no bebé.)

*Los chicos del «requeté» maurista:* De ¡qué diablos!

*La Preciosilla:* De beata.

*El alcalde de Madrid:* ¡Ni dos beatas!

*Arias de Miranda:* De intelectual.

*Navarro Reverter:* De académico de la Lengua.

*Calbetón:* También de embajador.

*López Muñoz:* De ministro de Instrucción pública.

*Su hijo:* De payaso. (No se disfrazará.)

*Julita Fons:* De virgen.

*Vicente Pastor:* De chulón (!)



Demetrio

—¡Anda mujer!  
—¡No quiero, que luego se te sube la sangre á la cabeza!

las tardes soplando cornetas y trombones, ó soplando otra clase de instrumentos.

Estos sujetos no faltan nunca, llueve ó nieve ó salga el Sol por Antequera.

También creemos que asistirán varios amigos nuestros, que nos han anunciado que concurrirán á la fiesta conveniente-

Lea usted el martes

en EL LIBRO POPULAR

## EL AMOR DE DORIS

Novela de

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

20 céntimos



# LA PICARDÍA DE JOAQUINITO

**H**ACE dos noches, se hablaba en casa de la viuda de Cascales, gentilísima amiga a quien me ha presentado Santiago Arimón, de los medios de seducción que debieron emplear en sus conquistas los grandes enamorados que en el mundo han sido; y como Joaquinito López pasa por persona perita en todas las cuestiones que al amor se refieren, apenas tomó vuelo la conversación, pidiéronle que expusiera su opinión y les ilustrase con sus vastos conocimientos galantes.

—¡O!, tanto como una opinión!...—empezó excusándose modestamente.—En fin, se la daré á ustedes, pero conste que las opiniones en materia amorosa no tienen ningún valor. Opinar no es amar, por muchas vueltas que le den ustedes para convencerme de lo contrario.

—Tenga usted la bondad de abreviar el preámbulo, amigo López—interrumpió la viuda de Cascales,

en quien la juventud y la belleza se han puesto de acuerdo para restar varones justos al ejército de la castidad.

—Con mucho gusto. Entremos en materia. Don Juan Tenorio fué una vulgaridad como seductor y un hombre intratable como enamorado.

—Hombre, hombre...—interrumpió á coro la asamblea.

—Lo dicho: un hombre intratable, una perfecta vulgaridad. El verdadero y legítimo secreto de la seducción sólo lo ha poseído un mortal, uno sólo.

—¿Quién?—preguntaron á

tiempo los señores.

—Permítanme ustedes que me reserve su nombre. En cuanto al famoso secreto de seducción, sepan ustedes que ningún varón supo conseguir el amor de una mujer con tanta delicadeza, con tan supremo arte. Para ellas, sobre todo, debió ser un honor inestimable conocer á semejante varón. Conocerlo y amarle. Hasta en el olvidar fué un maestro encantador.

—¿Y no se puede saber en qué consistía ese secreto de seducción?—preguntó uno de los tertulianos machos.

—Me fué revelado bajo palabra de honor y á condición de no divulgarlo sino en circunstancias muy extraordinarias. En la ocasión presente todo lo que ocurre es bastante ordinario, no me lo negarán ustedes...

—¡Es verdad!—dijeron suspirando las señoras.



—Señorita Chichito, á escena.

—No puede ser.

—¿Porqué no puede ser?

—Hombre de Dios; ¿No ve usted que todavía estoy sin desnudarme?



Al día siguiente, la viuda de Cascales, mujer intrépida y apasionada, presentóse en casa de Joaquinito que no pudo por menos de admirarse de aquella visita; pero reponiéndose luego, cogió á Lola ambas manos y la preguntó cariñosamente:

—¿Viene usted á saber el secreto?

La viuda se ruborizó un poco y contestó en tono decidido:

—Sí.

—Pues no tiene nada de particular. Consiste en provocar la curiosidad de la mujer, como ha sucedido con usted cabalmente, y en no satisfacerla sino á pequeñas dosis.

Y como la viuda es muy curiosa y está hondamente impresionada, esta noche saldrán ella y Juaquinito para el extranjero.

Fernando Amado.

## Manolito, el calavera

RETORNO CON Manolito!

El joven ex monarca portugués nos ha resultado un calaverón terrible. ¡Cualquiera se pono al alcance de su ex real persona.

Le conocíamos como especialista en fugas políticas, y ahora surge como especialista en fugas amorosas. Sólo falta que aparezca como especialista en fugas de gas y en fugas musicales.

Cuando la famosa *revolta* que le costó el trono, se fugó envuelto en un colchón y ahora debe andar también entre colchones. No hay más diferencia aparente que entonces lo hacía porque tiraban á darle y en esta ocasión, lo natural es que sea él quien tire á dar.

Ello es que el chico se hallaba en Moscou y allí conoció á una joven judía que tumbaba de espaldas de retrechera.

Don Manuel se pasaba los días diciendo en portugués: ¡Qué judía! ¡Pero qué judía!

No pudiendo resistir más le declaró su ardiente pasión; ¡y qué iba á hacer la pobrecita hebrea! Le dijo que sí con tierno acento.

Manolito loco de contento se puso á cantar aquello de *Marina*:

«oliendo á hebrea

oliendo á hebrea...»

y le dijo á Doña Amelia, ó sea á su señora

madre, lo que la Montalvito en el famoso couplet.

«Mamá yo me quiero casar.»

Cuando la señora se enteró que su pretendida era una judía, protestó indignada y negó su consentimiento.

Apeló al consejo de los fieles realistas y todos estuvieron unánimes en la contestación:

—Ni con una judía, ni con un saco:

—¡Ya sa co noce que vuestras excellen-



—Joven, con esa insistente persecución me está usted poniendo nerviosa. Una de/dos: ó se retira enseguida ó se arrima del todo.

cias no conocen á mi menina. Es muito preciosa.—Contestó compunjado el joven enamorado.

Pero ni súplicas ni llantos conmovieron ni á la madre ni á los Consejeros. Había logrado ablandar una judía, pero no lo-



graba ablandar los pétreos corazones de lo suyos.

Entonces tomó una resolución heroica: —«No queréis que me enlace con la judía, pues haré una judiada.

Y sin que le importase un rábano lo que dijese en Moscú, *se amoscó* (que en portugués, quiere decirse amoscarse) y premeditó un plan.

Y hé aquí que al día siguiente raptó á la linda israelita, sin que se haya vuelto á saber del paradero de los fugitivos.

No creemos que será un misterio lo que estarán ahora haciendo los tortolitos.

¡Pasando el gran raptó!

## LA MUSA

Una tibia mañana del estío  
sobre el césped cubierto de rocío,  
se inspiraba nostálgico el poeta,  
sentado al borde del sereno lago,  
escuchando alboradas y al halago  
de una turba de céfiros inquieta.  
De pronto, ante la vista soñadora  
del vate, una visión encantadora  
apareció radiante de hermosura:  
rompiendo la cubierta cristalina,  
vió salir de las aguas una ondina  
de blanca y vaporosa vestidura.  
Llevaba destrenzado su cabello,  
que caía ondulante sobre el cuello,  
redondo y nacarado, de la hermosa.  
Una gasa ligera, transparente,  
ceñía con recato negligente  
el torso de la ondina misteriosa.  
Estaba triste: había en su mirada  
una errante tristeza saturada  
de una intensa y fatal melancolía;  
su semblante era pálido, con esa  
funesta y vaga palidez que pesa  
sobre aquellos que ignoran la alegría.  
Dejó el lago dormido en el reposo,  
y con paso solemne, majestuoso,  
se adelantó resuelta, y diligente  
llegó á la orilla, débil, temblorosa,

y entreabriendo su boca deliciosa,  
besó al poeta en la abrasada frente.  
Este sintió á la vez, lleno de alivio,  
el contacto agradable de algo tibio  
que ahuyentó la visión etérea, fría;  
volvió sus ojos de sorpresa llenos:  
medio desnudos los redondos senos,  
una mujer sus labios le ofrecía...  
La vida rebotaba exuberante  
por el cuerpo pletórico, incitante  
de aquella hermosa, trémula de amores;  
era la amable amiga y compañera  
que compartía dócil y sincera  
con el poeta risas y dolores.  
Contemplóla el poeta con ternura,  
y abarcando amoroso su cintura,  
le dijo con acento arrebatado:  
—¡Qué necia pretensión tuve, alma mía,  
al pedir á la vana fantasía



El a—No me conoces.

El—No es extraño. Como es la primera vez que te veo con tanta ropa...





Ella—¡Qué rico eres!

El—Cuarenta mil duros nada más;

una musa, teniéndote á mi lado!  
Desde este día quedas consagrada  
como la musa rica y obligada  
á que me inspires tus recursos sabios;

llenos de vida, voluptuosos, tersos,  
coe tus caricias forjaré mis versos  
en el horno candente de tus labios.  
Yo quiero otra cadena que tus brazos  
para luego sentir entre esos lazos  
la dicha de cantar su cautiverio;  
sólo quiero una luz, la de tus ojos;  
una fuente de amor, tus labios rojos,  
por vasallaje único, tu imperio.  
Tú colaborarás en mis poemas,  
y por sencillos y hábiles sistemas  
haremos de la vida un dulce peso...  
¿Y quieres ya escuchar las ritmas mías?  
Me abrumas sin piedad, mas si lo ansias  
recibe para prólogo este beso...»  
De esta manera se expresó el poeta,  
y enlazado á su amada, de la quieta  
orilla del estanque de aguas lisas  
se alejaron, buscando en el bosque  
un sitio donde hablarse en el lenguaje  
divino de los besos y las risas.

Luis Araquistain

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA  
Paseo de las Delicias, 00.—Teléfono, 1843

Lea usted en EL LIBRO POPULAR

POR 20 CENTIMOS CADA UNA

LAS SIGUIENTES NOVELAS RECIEN PUBLICADAS:

*EL HAMPÓN*, por Joaquín Dicenta.

*EL MILAGRO*, por V. Blasco Ibáñez.

*EL RETORNO*, por Antonio de Hoyos.

*FLÉRIDA*, por Cristobal de Castro.



¿Por qué

sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

**SIFILIS**, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres periodos, el

**Reuma, Artritisimo,  
Intestinos, Escrófulas,  
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA** y **VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL** y **GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

**CONSULTAS GRATIS**